

La novelística de la costa colombiana: Especulaciones históricas

Seymour Menton

University of California, Irvine

La irrupción inesperada de un solo escritor genial puede atribuirse a la casualidad: Rubén Darío en Nicaragua, Alejo Carpentier en Cuba o Augusto Roa Bastos en Paraguay. En cambio, la irrupción inesperada de grupos importantes de escritores en un lugar inverosímil pide un análisis de los factores históricos que la facilitan. ¿Por qué el grupo sobresaliente de los proscritos argentinos (Echeverría, Mármol, Sarmiento, Alberdi, etc.) surgió una década después de la independencia en un país que tenía una tradición literaria mínima mientras no surgió un grupo paralelo ni en México ni en Lima, capitales de los dos virreinos más importantes? ¿Por qué surgió hacia 1900 en el Uruguay una constelación impresionante de escritores en todos los géneros – José Enrique Rodó, Julio Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, Javier de Viana, Carlos Reyles y Florencio Sánchez – después de varias décadas de guerras civiles que habían dejado al país asolado y con un mínimo de literatura? ¿Por qué un grupo parecido no surgió en esa época en los otros países hispanoamericanos que también habían sufrido de las guerras civiles entre liberales y conservadores, Colombia por ejemplo? ¿Por qué la protesta social de la década de los 1930 se manifestó tan fuertemente en la literatura del Ecuador con las novelas indigenistas de Jorge Icaza y los cuentos y las novelas del grupo de Guayaquil – Demetrio Aguilera Malta, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, José de la Cuadra, Alfredo Pareja Diezcanseco y Adalberto Ortiz? ¿Por qué un grupo parecido no surgió ni en Nicaragua ni en la República Dominicana, ni en El Salvador donde las condiciones sociales también eran malas y donde los antecedentes literarios eran igualmente inferiores.

Pues bien, el llamado fenómeno García Márquez no cabe dentro del caso excepcional de Rubén Darío puesto que entre 1920 y 1945 nacieron por lo menos diez novelistas de la costa norte de Colombia cuyas obras complementan la visión macondina de esa otra Colombia anteriormente desconocida en la novelística nacional.¹ Me refiero a Manuel Zapata Olivella (Lorica, 1920), Héctor Rojas Herazo (Tolú, 1921), Alvaro Cepeda Samudio (Barranquilla, 1926–1972), Gabriel García Márquez (Aracataca, 1927), José Stevenson (Santa Marta, 1934), Alberto Duque López (Barranquilla, 1936), Germán Espinosa (Cartagena, 1938), Oscar Collazos (Bahía Solano, Chocó, 1942), Fanny Buitrago (Barranquilla, 1944), la única mujer del grupo, y David Sánchez Juliao (Lorica, 1945).

Aunque algunos de estos autores se inspiran parcialmente en el éxito literario y comercial de *Cien años de soledad* (1967), hay que constatar que *Respirando el verano* (1963) de Rojas Herazo, *La casa grande* (1962) de Cepeda Samudio y *El hostigante verano de los dioses* (1963) de Fanny Buitrago se publicaron antes de la obra maestra

macondina y en el caso de *Respirando el verano*, influyó directamente en ella (Menton 1978: 249–280). Sin embargo, el propósito de esta ponencia no es analizar las obras sino tratar de identificar aquellos factores que transformaron el desierto novelístico de Colombia en su región más fecunda.

Antes de la década del 60, la costa norte de Colombia había participado muy poco en la producción de novelas. En realidad, hay que afirmar que Colombia en general no había producido tantas novelas y que se conocía como país de poetas. Sin embargo, los autores de las pocas novelas sobresalientes no eran de la costa sino del Valle del Cauca (*María* de Jorge Isaacs), Antioquia (*Frutos de mi tierra* de Tomás Carrasquilla) y Neiva (*La vorágine* de José Eustacio Rivera).

De repente, la publicación en 1947 de *Tierra mojada* de Zapata Olivella y en 1955 de *Hojarasca* de García Márquez señalaron el despertar de esa región. Antes de eso, había poca actividad novelística aunque hay que reconocer la importancia nacional de la revista *Voces*, fundada en 1917 en Barranquilla por el famoso librero catalán Ramón Vinyes, y del poeta Luis Carlos López quien según Germán Arciniegas, "al parar en seco las exquisiteces del modernismo, señaló un nuevo rumbo en la literatura, más allá de los límites estrictos de la poesía".²

Indudablemente uno de los factores más importantes en el engendro de una novelística costeña fue la modernización de Barranquilla y su desplazamiento de Cartagena como centro cultural de toda la región. Antes del siglo veinte, la región de la costa, incluso su capital Cartagena, estaba sumamente aislada de los centros políticos y culturales del altiplano. El viaje de la costa a Bogotá en barco fluvial y en burro demoraba semanas. Recuérdese el viaje en *Cien años de soledad* de Fernanda del Carpio con Meme en el tren que pasa por las fincas bananeras, en el buque fluvial y "la penosa travesía a lomo de mula por el páramo alucinante" (1967: 251). En su última novela, *El amor en los tiempos del cólera*, menos hiperbólica, García Márquez vuelve a describir en dos ocasiones sólo el viaje fluvial, esta vez de ocho días (1985: 190–203 y 443–473).

Sin embargo, para fines de la Segunda Guerra Mundial, o sea 1945, la región estaba ya bastante transformada. La inauguración del Canal de Panamá en 1914 contribuyó al desarrollo comercial de la costa norte de Colombia, tanto en las fincas bananeras establecidas en 1899 por la United Fruit Co., como en los campos petroleros establecidos en 1905 por la Tropical Oil Co., sucursal de la ESSO. Dos años antes se completó el ferrocarril de Barranquilla a Bogotá. En 1919, la construcción del aeropuerto de Barranquilla coincidió con la formación de la SCADTA (Sociedad Colombiana de Transportes Aéreos) por un grupo de pilotos alemanes que habían participado en la Primera Guerra Mundial. En efecto, AVIANCA fue la primera línea aérea nacional de toda Hispanoamérica. Entre 1925 y 1935 se construyó el puerto de Barranquilla eliminando las doce millas de barras de arena que la separaban de la entrada al río Magdalena. A partir de la década del 20, el radio y el telégrafo también contribuyeron a facilitar la comunicación entre todas las regiones del país. Establecida la infraestructura, la ciudad de Barranquilla creció entre 1930 y 1950 de 65,000 habitantes a 225,000, casi 4 veces. Esa mayor concentración se debe a las mayores oportunidades económicas y culturales facilitadas por el gobierno progresista de Al-

fonso López Pumarejo (1934–38). Su llamada "Revolución en marcha" introdujo en Colombia cambios que podrían compararse con los del Nuevo Trato de Franklin D. Roosevelt en los Estados Unidos. El establecimiento de un sistema de educación pública, libre y obligatoria, durante el gobierno de López y las reformas educativas efectuadas en la década siguiente por el Ministro de Educación Germán Arciniegas abrieron mayores posibilidades a los jóvenes de la costa. Uno de los cambios más importantes en los colegios fue la sustitución del latín por el francés e inglés, la que facilitaba el acceso a los novelistas norteamericanos.

Dada la modernización de Barranquilla y su mayor comunicación con el resto de Colombia, otro factor muy importante en el auge de la novela costeña fue el mayor acceso a las nuevas corrientes literarias internacionales, o por lo menos una mayor disposición a seguirlas que en los otros centros culturales de Colombia. La lectura entusiasmada de los norteamericanos Faulkner y Hemingway se debía a una larga historia de contacto entre la costa y el idioma inglés lo mismo que a la penetración cultural de los Estados Unidos en esa zona. Desde la época de la independencia, los padres de familia acomodados mandaban a sus hijos a Jamaica para que aprendieran a hablar inglés. El primer colegio de varones (protestante) se fundó en Barranquilla en la última década del siglo diez y nueve y más tarde había de estudiar allí Alvaro Cepeda Samudio, figura clave en pregonar en Barranquilla la importancia de Faulkner, Hemingway, William Saroyan, Truman Capote y Norman Mailer. Durante la primera década del siglo veinte la construcción del canal de Panamá por los Estados Unidos ayudó a poner fin a la Guerra de los Mil Días (1899–1902) y produjo como ya se ha dicho cierto auge económico en la costa norte de Colombia. Aunque la huelga bananera de 1928, tan inmortalizada en *La casa grande*, *Cien años de soledad* y otras obras colombianas, concientizó a mucha gente en contra del imperialismo norteamericano, poco después la "Política del Buen Vecino" de Franklin D. Roosevelt y la amenaza racista de Hitler crearon un ambiente propicio para la mayor penetración cultural de los Estados Unidos. Entre 1935 y 1960, que abarcaron los años de formación de García Márquez y sus contemporáneos, en la costa norte de Colombia igual que en muchos países del Caribe (Cuba, República Dominicana, Puerto Rico y Venezuela) se jugaba mucho el beisbol y los aficionados se entusiasmaban por las hazañas de Joe Di Maggio y los otros héroes yanquis de esos años lo mismo que del boxeador negro Joe Louis y los artistas de cine. Hacia 1950 Cepeda Samudio hasta llegó a ser corresponsal costeño para el renombrado periódico deportivo de St. Louis, Missouri, *The Sporting News*.

Terminada la Segunda Guerra Mundial se aumentó la conciencia caribeña. Los Estados Unidos parecían favorecer la democratización de la región apoyando a los reformistas Muñoz Marín en Puerto Rico, José Figueres en Costa Rica y Grau San Martín en Cuba quienes se comprometieron con el Presidente Arévalo de Guatemala y los exiliados Juan Bosch de la República Dominicana y Rómulo Betancourt de Venezuela en una campaña malograda en contra de los dictadores Somoza y Trujillo. La misma conciencia de la unidad regional del Caribe se manifiesta en la publicación en 1945 por Germán Arciniegas de *La biografía del Caribe*.

Esos mismos años de la posguerra presenciaron la publicación de novelas importantísimas de dos países del Caribe: *El Señor Presidente* (1946) y *Hombres de maíz* (1949) del guatemalteco Miguel Angel Asturias y *El reino de este mundo* (1949) y *Los pasos perdidos* (1953) del cubano Alejo Carpentier que rompieron con el criollismo y la denuncia social relativamente simplista mediante la mitificación de la realidad de acuerdo con la visión de mundo de los indios guatemaltecos y los negros antillanos.

A fines de 1946 García Márquez ya había terminado el bachillerato en el Colegio Nacional de Zipaquirá, en el altiplano friolento, y en febrero de 1947 se matriculó en la Universidad Nacional de Bogotá mientras en esos años algunos costeños algo mayores y radicados en Bogotá se reunían en tertulias para hablar de literatura. Entre éstos se destacaban Néstor Madrid Malo, Manuel Zapata Olivella, Eduardo Pachón Padilla y Alfonso Fuenmayor, quienes se sentían menos atados al tradicionalismo académico que sus compatriotas de Bogotá, de Medellín y de otras ciudades del interior. Cuando se cerró la Universidad en la primavera de 1948 a causa de los motines que siguieron al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, García Márquez volvió a la costa y fue Manuel Zapata Olivella quien le ayudó a iniciar su carrera periodística en *El Universal* de Cartagena (Gilard 1981, I: 8).

Por la misma época se reunían en Barranquilla Alfonso Fuenmayor, Alvaro Cepeda Samudio, Germán Vargas, los pintores Alejandro Obregón y Enrique Grau, y Ramón Vinyes, quien volvió a Barcelona en 1950 poco después de que se había incorporado al grupo García Márquez.³ Este se quedó en Barranquilla hasta 1953 y colaboró con Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas y Cepeda Samudio en el semanario literario-deportivo *Crónica*, fundado en abril de 1950, donde durante ocho meses se publicó un cuento extranjero en cada número además de cuentos de García Márquez y de Cepeda Samudio. Al mismo tiempo, García Márquez escribía la columna titulada "La Jirafa" y Cepeda Samudio "La Brújula de la Cultura" en el diario *El Herald* donde también trabajaban Fuenmayor y Vargas. García Márquez dedicó su columna del 4 de marzo de 1950 al apenas conocido en ese entonces Truman Capote, firmándola *Septimus*, apellido éste sacado de *La señora Dalloway* de Virginia Woolfe. El año siguiente Cepeda Samudio elogió el tomo de cuentos *Bestiario* del también poco conocido en ese entonces Julio Cortázar, sólo cinco meses después de que se publicó.

Aunque se ha dicho que el grupo de Barranquilla se reunía en el bar "La Cueva", tal vez de mayor importancia para su formación literaria fue la existencia de la Librería Mundo y de la Librería Nacional, siendo ésta una de las mejores del país. Entre 1949 y 1952, el asesor literario de la Nacional fue Néstor Madrid Malo, quien surtía a los jóvenes lectores una buena variedad de obras universales, tanto de los clásicos como de los nuevos – gran parte de ellos publicados por las grandes editoriales argentinas Losada, Sudamericana y Emecé fundadas hacia 1938 por los refugiados españoles de la Guerra Civil.

Además de la modernización de Barranquilla, el mayor contacto con la literatura universal y el despertar de la conciencia caribeña, la relativa ausencia de la Violencia (1946–65) en Barranquilla y en la costa norte en general también contribuyó al florecimiento de la novela costeña. Durante esos años, mientras las regiones asoladas por la Violencia perdían habitantes, Bogotá y Barranquilla crecieron mucho. Como no

hubo desplazamientos de familias en la costa norte, se mantenían vivas las tradiciones orales incluso las historias de la Guerra de los Mil Días, algunas de las cuales aparecen en ciertos episodios de *Cien años de soledad* (Mena 1979). Al mismo tiempo, la Violencia obligó a los costeños a situar el anecdotario local dentro de una perspectiva nacional.

Despertada la conciencia nacional por la Violencia, los escritores costeños también fueron concientizados políticamente al nivel internacional por la intervención en 1954 de los Estados Unidos en Guatemala y por el triunfo de la Revolución Cubana en 1959.

No es de admirar por lo tanto que la costa norte de Colombia haya engendrado dos generaciones de novelistas, la de 1957 y la de 1972 según la periodización de Cedomil Goic (1972), cuyas obras en conjunto combinan un alto grado de originalidad estructural y lingüística con una visión panorámica y crítica de la realidad colombiana y universal, amenizada a veces por el humorismo rabelesiano, no sólo en la obra de García Márquez sino también en la de Germán Espinosa y de David Sánchez Juliao y últimamente en *Changó el gran putas* de Manuel Zapata Olivella, premiado en el Brasil a fines de enero de 1986 con un millón de cruzeiros, cuyo valor verdadero refleja la visión magicorrealista del mundo tan característico de García Márquez y sus coterráneos.

NOTAS

- 1 Muchos de los datos de esta ponencia provienen de la disertación doctoral de Nancy McCarty de la UCI, la cual a su vez está basada en un cuestionario que redacté y que repartí en 1977 a varios escritores y críticos colombianos.
- 2 Germán Arciniegas, carta dirigida al autor de esta ponencia y fechada Roma, 1^o de setiembre de 1977.
- 3 Véase "El grupo de Barranquilla" (1956) en Germán Vargas, *Sobre literatura colombiana* (Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberels, 1985), págs. 127-31. Vargas menciona que los del grupo podían hablar con el mismo interés sobre "hechos tan diferentes como el *Ulysses* de James Joyce, la música de Cole Porter, la técnica de Alfredo Di Stéfano o de Willy Mays, la pintura de Enrique Grau..." (p. 129).

BIBLIOGRAFIA

García Márquez, Gabriel

1967 *Cien años de soledad*. 3^a ed., Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

1985 *El amor en los tiempos del cólera*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra.

Gilard, Jacques (ed.)

1981 *Obra periodística de Gabriel García Márquez*. Barcelona: Editorial Bruguera.

Goic, Cedomil

1972 *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso: Ediciones Universitarias.

Seymour Menton

Mena, Lucila Inés

1979 *La función de la historia en "Cien años de soledad"*. Barcelona: Plaza y Janés.

Menton, Seymour

1978 *La novela colombiana: planetas y satélites*. Bogotá: Plaza y Janés.

Vargas, Germán

1985 *Sobre literatura colombiana*. Bogotá: Fundación Simón y Lola Gubereis.